

LXVI.—*Calvino hace nuevos esfuerzos por salvar la realidad.*

Lo demás de su doctrina no le da menos que hacer, y las expresiones violentas de que se vale se lo hacen ver demasiado. Ya hemos visto como quiere que penetre en nosotros la sustancia de la carne de Jesucristo. Hemos dicho que no es su ánimo, sin embargo, insinuar otra cosa con estas magnificas palabras, sino que nos penetra por su virtud; pero pareciéndole flojo este modo de explicarse, para mezclar en él la sustancia, quiere que tengamos en la Eucaristía como «un extracto de la carne de Jesucristo, á condicion empero de que permanezca en el cielo, y que la vida dimane en nosotros de su sustancia¹»; como si nosotros recibiésemos una quinta esencia y lo mas puro de la carne, quedando el resto de ella en el cielo. Yo no quiero decir que lo creyese así; sino solamente que no pudiendo llenarse con el fondo de su doctrina la idea de realidad de que estaba poseido, suplía este defecto con expresiones estudiadas, inauditas y extravagantes.

LXVII.—*No puede satisfacer la idea de realidad que hace concebir la institucion de Nuestro Señor.*

Para no disimular nada de la doctrina de Calvino sobre la comunicacion que tenemos con Jesucristo, me veo obligado á decir que en algunos lugares parece que pone á Jesucristo tan presente en el Bautismo como en la Cena: porque en general distingue tres cosas en el Sacramento además del signo²: «la significacion que consiste en las promesas; la materia ó la sustancia que es Jesucristo con su muerte y su resurreccion; y el efecto, esto es, la santificacion y la vida eterna, y todas las gracias que Jesucristo nos dispensa.» Calvino suponía todas estas cosas en el sacramento del Bautismo lo mismo que en el de la Cena; y particularmente respecto del Bautismo dice³ que «la sangre de Jesucristo no está menos presente en el Bautismo para lavar las almas, que el agua para lavar los cuerpos; que en efecto, segun san Pablo, nos revestimos de Jesucristo en este Sacramento, y que lo mismo nos rodea nuestro vestido, que nos penetra nuestro alimento.» Por consiguiente declara sin ninguna oscuridad que Jesucristo está tan presente en el Bautismo como en

¹ Diluc. expos. Opusc. 864. — ² Instit. lib. IV, c. 17, p. 11. — ³ Diluc. expos. Opusc. 864.

la Cena, y confieso que bajo este supuesto es muy consecuente en la exposicion de su doctrina: porque, en sustancia, no conoce ninguna presencia sino por la fe, ni exige otra fe en la Cena que en el Bautismo; de consiguiente, tampoco supone una presencia diferente. Pero yo quiero manifestar el apuro en que le ponen las palabras, *Este es mi cuerpo*. Porque, ó es necesario confundir todos los misterios, ó se debe dar una razon porque Jesucristo no habló con tanta energía sino en la Cena. Si su cuerpo y su sangre están tan presentes, y se reciben tan realmente en cualquiera otra parte, no habia ninguna razon para escoger unas palabras tan enérgicas en la Eucaristía mas bien que en el Bautismo, y la Sabiduría eterna hubiera hablado al aire. Este pasaje será la eterna é inevitable confusion de los defensores del sentido figurado. Por un lado la necesidad de dar á la Eucaristía, respecto de la presencia del cuerpo, algo de particular, y por otra parte la imposibilidad de hacerlo segun sus principios, les presentarán siempre una dificultad de que no podrán desenredarse, y solo por salir de ella ha dicho Calvino tantas cosas muy expresivas acerca de la Eucaristía, que jamás se atrevió á decir con respecto al Bautismo, aunque habia la misma razon para decir las, segun sus principios.

LXVIII.—*Los Calvinistas en el fondo han abandonado á Calvino: cómo explican en el libro del Preservativo la doctrina de su maestro.*

Sus expresiones son tan violentas, y tan forzados los giros que da á su doctrina, que sus discípulos se han visto obligados á abandonarle en el fondo; y no puedo menos de notar aquí una insigne variacion de la doctrina calvinista: y es, que los Calvinistas del día, con pretexto de interpretar las palabras de Calvino, las reducen enteramente á nada. Segun ellos, recibir la propia sustancia de Jesucristo, es solamente recibirle *por su virtud, por su eficacia, por su mérito*¹, cosas todas que Calvino habia reputado por insuficientes. Todo lo que podemos esperar de estas magnificas palabras de propia sustancia de Jesucristo recibido en la Cena, es únicamente que lo que recibimos en ella *no es la sustancia de otro*²; pero en cuanto á la suya, no se la recibe mas que los ojos reciben la del sol cuando son iluminados con sus rayos; lo que quiere decir, que al cabo no se sabe lo que es esa propia sustancia tan inculcada por Calvino: solo se la defiende por el honor, y por no desdecirse abiertamente; y si

¹ Preserv. 193. — ² Ibid. 196.

Calvino, que la sentó con tanta fuerza en sus libros, no la hubiera insertado tambien en los catecismos y en las profesiones de fe, ya hace mucho tiempo que estaria abandonada.

LXIX.—*Continuacion de las explicaciones que se dan á las palabras de Calvino.*

Lo mismo digo de lo que dicen Calvino y su catecismo; que Jesucristo es recibido *plenamente* en la Eucaristía, y solamente *en parte* en la predicacion y en el Bautismo¹: lo cual, entendido naturalmente, significa que la Eucaristía tiene alguna cosa particular que no tiene ni la predicacion ni el Bautismo; pero al presente es enteramente otra cosa: ahora lo que hay *es que tres son mas que dos; que despues de haber recibido la gracia por medio del Bautismo, y la instruccion por la palabra, cuando Dios añade á todo esto la Eucaristía, se aumenta y fortifica la gracia, y nosotros poseemos á Jesucristo mas perfectamente*². Así, toda la perfeccion de la Eucaristía consiste en que viene la última; y aunque Jesucristo, cuando la instituyó, se valió de unos términos tan particulares, en el fondo no tiene nada de particular, nada en fin mas que el Bautismo, á no ser tal vez un nuevo signo; y en vano colocaba en ella Calvino con tanto cuidado la propia sustancia de Cristo.

Por este medio las explicaciones que se dan ahora á las palabras de Calvino, y á las del catecismo y de la profesion de fe, son una variacion efectiva en la doctrina so color de interpretacion, y una prueba de que las ilusiones con que Calvino habia querido entrete-ner al mundo, para mantener la idea de la realidad, no podian subsistir por mucho tiempo.

LXX.—*Si no hay mas que una simple falta de expresion en la doctrina de Calvino.*

Es verdad que para cubrir este flanco manifesto de la secta, responden los Calvinistas, que en todo caso no se puede concluir otra cosa de estas expresiones con que se les arguye, si no es acaso que al principio no se explicarian los de su partido en términos bastante propios³: pero responder de esta manera es aparentar que no se ve la dificultad. Lo que se debia concluir de estas expresiones de Calvino y de los Calvinistas, es que las palabras del Señor causaron en su mente, cualquiera que fuese su disposicion, una impresion de

¹ Dim. 82. — ² Preserv. 197. — ³ Ibid. 194.

realidad que no podian componer con sus opiniones; y que por lo mismo les obligaba á decir cosas, que no teniendo ningun sentido atendida su creencia, hacen justicia á la nuestra, y esto no solamente es engañarse en las expresiones, sino confesar un error en la cosa misma, y manifestar en su profesion de fe el convencimiento de que erraban.

LXXI.—*Calvino ha querido dar á entender mas que lo que decia.*

Por ejemplo, decir por un lado que se recibe la propia sustancia del cuerpo y de la sangre del Señor; y por otro que no se los recibe sino por su virtud como se recibe el sol por medio de sus rayos, es decir cosas contradictorias, es confundirse á sí mismo.

Del mismo modo cuando por una parte se dice que en la Cena calvinista se recibe la propia sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo lo mismo que en la Cena de los Católicos, y que solo hay diferencia en el modo; y por otra parte que el cuerpo y la sangre de Jesucristo están en su sustancia, tan distantes de los fieles como el cielo de la tierra, de modo que, en el fondo, lo mismo es una presencia real y sustancial que una reparacion de una distancia tan prodigiosa; es un prodigio inaudito en la concepcion humana, y semejantes expresiones solo sirven para hacer ver que los Calvinistas quisieran poder decir lo que en realidad no pueden decir razonablemente segun sus principios.

LXXII.—*Por qué los herejes se ven obligados á imitar el lenguaje de la Iglesia.*

Y para manifestar de una vez, por no vernos en la precision de volver á tratar este punto, lo que se sigue de estas expresiones de Calvino y de los primeros Calvinistas, tengamos presente que no ha habido hereje ninguno que no afectase hablar como habla la Iglesia. Los Arrianos y los Socinianos dicen, lo mismo que nosotros, que Jesucristo es Dios, pero impropriamente y por representacion, porque obra en nombre de Dios y con la autoridad de Dios. Los Nestorianos dicen tambien que el Hijo de Dios y el Hijo de María no son mas que una misma persona, pero del mismo modo que un embajador es la misma persona con el príncipe á quien representa. ¿Se dirá que dicen esencialmente lo mismo que la Iglesia católica, y que solo se diferencian de ella en el modo de explicarse? Mas bien se dirá

que hablan como ella, sin pensar como ella; porque la mentira se ve obligada á imitar, á lo menos, á la verdad. Esto es cabalmente lo que hace la propia sustancia, y las demás expresiones semejantes á esta, en los discursos de Calvino y de los Calvinistas.

LXXIII.— *Triunfo de la verdad.*

Aquí podemos señalar el triunfo patente de la verdad católica, porque el sentido literal de las palabras de Jesucristo que nosotros defendemos, despues de haber forzado á Lutero á sostenerlo, por mucho que le pesase, como hemos visto, forzó tambien á Calvino que le niega, á confesar tantas cosas que lo establecen de un modo invencible.

LXXIV.— *Pasaje de Calvino en favor de una presencia real independiente de la fe.*

Antes de salir de esta materia, conviene observar tambien un pasaje de Calvino que nos dará mucho que adivinar, y cuyo fondo no sé yo si podremos penetrar. Trátase de los Luteranos, que sin destruir el pan, *encierran el cuerpo dentro de él.* «Si lo que ellos pretenden, dice Calvino¹, es solamente que cuando se presenta el pan en «el misterio, se presenta al mismo tiempo el cuerpo, á causa de que «la verdad es inseparable de su signo, no me opondré mucho á ello.»

Con qué hay aquí una cosa que ni aprueba ni reprueba del todo. Es una opinion média entre la suya y la común de los Luteranos: opinion segun la cual el cuerpo no está separado del signo; por consiguiente está allí independientemente de la fe, porque es constante que el signo puede recibirse sin ella; y esto ¿qué otra cosa es sino la opinion de Bucero y Melancton, en la cual se admite una presencia real, aun en la comunión de los indignos, y sin el auxilio de la fe; y segun la cual esta presencia acompaña al signo en cuanto al tiempo, pero no está encerrada dentro de él en cuanto al lugar? Esto es lo que Calvino *no desaprobaba mucho*: de modo que no desapruaba mucho una presencia real inseparable del Sacramento, é independiente de la fe.

LXXV.— *Las ceremonias abolidas por Calvino.*

He procurado dar á conocer la doctrina de este segundo patriarca de la nueva Reforma, y me parece que he descubierto lo que le ha

¹ Instit. IV, 17, n. 16.

dado tanta autoridad en ella. Se ha visto que tenia ideas nuevas sobre la justicia imputativa que constituia el fundamento de la Reforma, y sobre el punto de la Eucaristía que la tenia dividida hacia tanto tiempo; pero habia otro punto que le dió un gran crédito entre los que se picaban de tener mucho talento. Es la audacia con que reprobó las ceremonias mucho mas que los Luteranos, porque estos creian que debian conservar las que no se oponian á sus nuevos dogmas: pero Calvino se mantuvo inflexible sobre este punto. Condenaba á Melancton, que á su parecer tenia á las ceremonias por demasiado indiferentes¹: y si el culto que introdujo les pareció á algunos demasiado desnudo, esto mismo era un encanto para los que se preciaban de tener talento, los cuales creyeron elevarse por este medio sobre los sentidos, y distinguirse del vulgo. Y porque los Apóstoles habian escrito poco tocante á las ceremonias que se contentaban con instituir con la práctica, ó que dejaban por lo comun á disposicion de cada iglesia, los Calvinistas se jactaban de ser, de todos los reformados, los que se adherian mas puramente á la letra del Evangelio; lo que fue causa de que se les diera el nombre de Puritanos en Inglaterra y Escocia.

LXXVI.— *Qué opinion se tiene de los Calvinistas entre los Protestantes.*

Por estos medios se distinguió Calvino entre los primeros autores de la nueva Reforma. El partido que lleva su nombre fue en extremo aborrecido por todos los demás protestantes, que lo miraban como el mas altanero, mas inquieto y sedicioso que se podia dar. No tengo necesidad de referir lo que sobre el particular escribió en diferentes ocasiones Jacobo, rey de Inglaterra y de Escocia. Con todo, hace una excepcion á favor de los puritanos de otros países, contentándose con que se supiese que no conocia gente mas peligrosa, ni mas enemiga de los tronos que los que habia en sus reinos. Calvino hizo grandes progresos en Francia; y este gran reino se vió en vísperas de perecer por las empresas de sus sectarios: de suerte que fue en Francia casi lo que Lutero en Alemania. Ginebra, donde él gobernó, no gozó menos consideracion que Vitemberg, donde habia empezado el nuevo Evangelio, y Calvino se hizo jefe del segundo partido de la nueva Reforma.

¹ Ep. ad Mel. p. 120, etc.

LXXVII.—Orgullo de Calvino.

Hasta qué punto le embriagó esta gloria nos lo demuestran unas pocas palabras que escribió á Melancton. «Yo me reputo, le dice,¹ muy inferior á vosotros; pero con todo no ignoro á qué grada de «su teatro me ha elevado Dios, y nuestra amistad no puede quebrantarse sin perjudicar á la Iglesia.»

Al verse colocado como en un gran teatro, y contemplado por toda la Europa; al verse por su elocuencia en los primeros rangos de la sociedad, y al considerar que se habia adquirido un nombre y una autoridad que se respetan en un gran partido, no pudo callar; todo esto tenia para él un poderoso atractivo, el mismo que ha suscitado todos los heresiarcas.

LXXVIII.—Su jactancia.

Este secreto placer es el que le hace decir en una respuesta que da á Baudouin, su grande adversario²: «Me increpa porque no tengo hijos, y porque Dios me ha quitado uno que tenia. ¿Es justo «hacerme esta reconvencion, á mí que tengo tantos millares de hijos en toda la cristiandad?» Á lo cual añade: «Toda la Francia conoce mi irrepreensible fe, mi integridad, mi paciencia, mi vigilancia, mi moderacion, y mis continuos trabajos en servicio de la Iglesia, cosas probadas con tan ilustres hechos desde mi primera juventud. Con esta confianza bástame poder mantenerme siempre en «mi rango hasta el fin de mi vida.»

LXXIX.—Diferencia entre Lutero y Calvino.

Habia alabado tanto la santa jactancia y la grandeza de alma de Lutero, que le parecia mal no imitarle; aunque, para no hacerse tan ridículo como Lutero, se preciaba especialmente de ser modesto, como un hombre que deseaba poder gloriarse *de no tener fausto, y de no temer ninguna cosa tanto como la ostentacion*³: de modo que la diferencia entre Lutero y Calvino, cuando se alaban á sí mismos, consiste en que Lutero, que se abandonaba á su genio impetuoso, sin

¹ Ep. Calv. p. 143. — ² Resp. ad Bald. int. Opusc. Calv. p. 370. — ³ II Def. adv. Vestph. Opusc. 788.

cuidarse jamás de moderarse, se alababa como un hombre fuera de sí; pero las alabanzas que Calvino se daba á sí mismo, salian, sin que él lo pudiese remediar, del fondo de su corazon, á pesar de todas las leyes de moderacion que se habia prescrito, y rompian violentamente todas estas barreras.

¡Cómo se complacia cuando tanto ensalzaba «su frugalidad, sus «continuos trabajos, su constancia en los peligros, su vigilancia en «desempeñar su cargo, su infatigable aplicacion á extender el reino «de Jesucristo, su integridad en la defensa de la doctrina de «pietad, y la seria ocupacion de toda su vida en la meditacion de las «cosas celestiales¹!» Lutero nunca dijo tanto, y todo cuanto sus acaloramientos arrancaban de su boca, no iguala á lo que Calvino dice friamente de sí mismo.

LXXX.—Cómo ponderaba Calvino su elocuencia.

Nada le lisonjeaba tanto como escribir bien. Habiéndole llamado declamador el luterano Vestfalió: «Se cansa en balde, dice², á nadie se lo persuadirá jamás, porque todo el mundo sabe cómo sé «yo apurar un argumento, y con qué precision y brevedad escribo.»

Esto es atribuirse en tres palabras la mayor gloria que el arte de hablar bien puede proporcionar á un hombre. Á lo menos esta es una alabanza que jamás se habia dado Lutero; porque aunque era uno de los oradores mas vivos de su siglo, léjos de preciarse nunca, al parecer, de su elocuencia, se complacia en decir que era un pobre religioso criado en la oscuridad y en la escuela, y que ignoraba el arte de perorar. Pero Calvino, herido sobre este punto, no se pudo contener, y á expensas de su modestia hubo de decir que nadie se explicaba con mas precision, ni racionaba con mas fuerza que él.

LXXXI.—Elocuencia de Calvino.

Démosle, pues, ya que tanto la estima, la gloria de haber escrito tan bien como el que mejor escribió en su siglo: hagámosle, si se quiere, superior á Lutero; porque aunque Lutero era mas original y mas vivo, Calvino, inferior á Lutero por naturaleza, parecia que le superaba por el estudio. Lutero triunfaba de viva voz, pero la

¹ II Def. adv. Vestph. Opusc. 842. — ² Ibid. 791.

pluma de Calvino era mas correcta, sobre todo cuando escribia en latin; y su estilo, que era mas frio, era tambien mas seguido y castigado. Uno y otro aventajaban en hablar la lengua de su respectivo país: uno y otro tenian una vehemencia extraordinaria: uno y otro adquirieron con su talento muchos discípulos y admiradores: uno y otro, engreidos con el éxito de su empresa, creyeron haber excedido en mérito á los Padres de la Iglesia; ni uno ni otro podian sufrir que se les contradijese, y su elocuencia en nada ha sido tan fecunda como en injurias.

LXXXII. — *Es tan violento y mas acre que Lutero.*

Los que se avergüenzan de las que dictaba á Lutero su arrogancia, no se admirarán menos de las demasias de Calvino. Sus adversarios nunca son mas que bribones, locos, malvados, borrachos, furiosos, rabiosos, bestias, toros, asnos, perros, marranos; y el hermoso estilo de Calvino se ve manchado en cada página con estas inmundicias. No perdona ni á los Católicos ni á los Luteranos. La escuela de Vestfalia, segun él, *es una pocilga hedionda*¹. Á la Cena de los Luteranos casi siempre la llama una *cena de ciclopes*, en la cual reina una barbarie digna de los escitas². Si dice con frecuencia que el diablo anima á los Papistas, repite mil y mil veces que ha fascinado á los Luteranos, y que³ «no puede comprender por qué le impugnan á él mas que á todos, sino porque Satanás, de quien son unos viles esclavos, los incita tanto mas contra él, cuanto que ve que sus trabajos son mas útiles que los de ellos á la Iglesia.» Los que trala de este modo son los primeros y mas célebres luteranos. No obstante, en medio de estas injurias, todavía pondera su moderacion⁴, y despues de haber atestado su libro de lo mas acre y atroz que se puede imaginar, cree justificarse diciendo⁵, «que cuando escribia estas injurias, estaba de tal manera sin hiel, que despues de haber vuelto á leer su obra, él mismo quedó sumamente admirado de que se le hubiesen escapado tantas palabras sin tener ningun resentimiento en su corazon. La indignidad del objeto dice que es la única que le ha dictado las injurias que ha dicho, y que habia suprimido otras muchas que se le venian á la boca. Pero en fin, no le disgusta que aquellos estúpidos hayan sen-

¹ Opusc. 799. — ² Ibid. 803, 837. — ³ Difac. expos. ibid. 839. — ⁴ II Def. in Vestph. — ⁵ Ult. adm. 793.

«tido al cabo las picaduras,» y espera que servirán para curarlos. Sin embargo, confiesa que ha dicho mas que lo que queria, y que el remedio que ha aplicado al mal, *era un poco demasiado violento*. Pero despues de esta modesta confesion, se descompone mas que nunca, y les dice¹: «¿Me entiendes, perro? me entiendes bien, «frenético? me entiendes bien, gran bestia?» Y luego añade «que no conviene responder á las injurias de que le llenan sus adversarios.»

Comparado con esta violencia, Lutero era la misma templanza; y si hubiéramos de hacer el paragon de estos dos hombres, cualquiera escogeria exponerse á la cólera impetuosa é insolente del uno, y no á la profunda malignidad y acrimonia del otro, que se vanagloria de estar muy sereno, cuando vierte tanta ponzoña en sus escritos.

LXXXIII. — *El desprecio que hace de los Padres de la Iglesia.*

Ambos, despues de haber acometido á los mortales, volvieron su boca contra el cielo, cuando despreciaron tan abiertamente la autoridad de los santos Padres. Todo el mundo sabe cuántas veces ha pasado Calvino por encima de sus decisiones; qué placer experimentaba en tratarles de estudiantes, y explicarles la lección; así como el ultraje que les hacia, cuando queriendo eludir su testimonio unánime, decia, por ejemplo, «que estas buenas gentes seguian sin discernimiento una costumbre que reinaba sin razon, y que en poco tiempo habia llegado á estar en boga².»

LXXXIV. — *Los Padres se hacen respetar de los Protestantes mal que les pese.*

Trataba él entonces de la oracion por los muertos, si bien en todos sus escritos habla del mismo modo. Pero á pesar del orgullo de los heresiarcas, no deja de pesar en su mente la autoridad de los Padres y de la antigüedad eclesiástica. Calvino, que tanto desprecia á los santos Padres, no omite alegarlos como testigos, cuya autoridad no se puede recusar, cuando despues de haberles citado, dice lo siguiente: «¿Qué dirán ellos de la antigua Iglesia? ¿Quiéren condenar á la antigua Iglesia? ¿Quiéren eliminar de la Iglesia á san Agustín³?»

¹ Opusc. 838. — ² Tr. de ref. Ecc. — ³ II Def. Opusc. p. 177; Admonit. ult. 836, ibid.